

ANTONIO BUERO VALLEJO

**LAS CARTAS
BOCA ABAJO
EL TRAGALUZ**

**EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
ERIC PENNINGTON**



**CLÁSICOS
CASTALIA**

LAS CARTAS BOCA ABAJO

**TRAGEDIA ESPAÑOLA
EN DOS ACTOS
Y CUATRO CUADROS**



Esta obra se estrenó el 15 de noviembre de 1957, en el Teatro Reina Victoria, de Madrid, con el siguiente

REPARTO

ADELA	Tina Gascó.
ANITA	Pilar Muñoz.
JUAN	José Bódalo.
JUANITO	José Vilar.
MAURO	Manuel Díaz González.

Derecha e izquierda, las del espectador.

Dirección	Fernando Granada.
Decorado	Emilio Burgos.

A C T O P R I M E R O

CUADRO PRIMERO

Un cuarto de estar, que también cumple funciones de comedor, en un viejo piso¹. Muebles no malos, pero heterogéneos y deslucidos; cortinas pasadas de moda. Un aire sutil de abandono, de cansada rutina y trivial desarmonía parece desprenderse de todo. El piso, de madera, no está encerado; las paredes no se repintan desde hace tiempo. Un alto zócalo de papel pintado en oscuro color de roble, con fingidas taraceas en rombo, corre a lo largo de éstas. Una gran cornisa², pintada del mismo color, las separa del

¹ Ricardo Doménech dice: «Es muy peculiar en los textos dramáticos de Buero Vallejo la descripción minuciosa del escenario, como también el elevado número de acotaciones sobre los personajes». Este comentario puede aplicarse, con carácter general, a todas las obras del dramaturgo, y también a *Las cartas boca abajo*. Véase: Antonio Buero Vallejo, *El concierto de San Ovidio* y *El tragaluz*. Ricardo Doménech (ed.), Castalia, Madrid, 1971, p. 209.

² La cornisa que se desconcha simboliza la destrucción paulatina del hogar. Habrá otras referencias al estado de la casa a medida que el texto vaya revelando la separación familiar.

techo, en el centro del cual el rosetón, también pintado, sostiene la lámpara. En la cornisa, algún desconchado deja ver la blancura del yeso de que está formada. En el primer término izquierdo, el balcón, abierto. En el ángulo de este lateral con el foro, una rinconera que oficia de bar, sobre la que vemos diversos objetos de uso: una caja de lata para la costura, un cenicero, una licorera y la guía telefónica deslizada entre ese apiñamiento. A la izquierda del foro está el teléfono de pared, y a continuación, la entrada adintelada que comunica a esta sala con el pasillo, el cual conduce por la izquierda al vestíbulo y por la derecha a otras habitaciones. Precisamente encima de esta entrada, a la cornisa le falta un trozo apreciable, desprendido y caído, sin duda, tiempo atrás. Y, si aguzamos la vista, podremos advertir en la pared del foro una de esas grietas³, frecuentes en las casas viejas –y también en muchas nuevas–, que sube oblicuamente desde el zócalo y de derecha a izquierda para morir en el desperfecto de la moldura. El resto del foro lo ocupa un desteñido sofá isabelino. Sobre él, y rematando el zócalo, repisa llena de figurillas baratas y postales sin enmarcar. Más arriba, en la pared, dos antiguas fotografías de busto que representan a un señor y a una señora jóvenes, en viejos marcos dorados que ocultan en parte la grieta. El ángulo que forma el foro con el lateral derecho está cortado en chaflán por una puerta oculta tras una cortina corrida. En el primer término derecho, la entrada a otro

³ Estas grietas actúan como símbolo y, en un momento del desarrollo de la trama, llegan a convertirse en «amenazadoras». Para Luis Iglesias Feijoo, las grietas de *Las cartas boca abajo*, la escalera de *Historia de una escalera* y el paisaje de *La Fundación* son «elementos concretos de una constante mantenida a lo largo del tiempo, que alcanza a más profundos niveles». Véase: Antonio Buero Vallejo, *Obra completa I*, p. xi.

pasillo, con la cortina descorrida. En el trecho restante hasta el chaflán, una vieja poltrona y, sobre el zócalo, estantería sencilla, de un solo cuerpo, repleta de libros, en rústica en su mayoría. Encima, en la pared, un grabado antiguo en marco oval. En el centro de la escena y hacia la izquierda, mesa camilla con tres o cuatro sillas alrededor, y sobre ella, el periódico del día y un cenicero. Cae la tarde.

(Por unos momentos, la escena sola. Luego, entra por la derecha ADELA. Cuarenta años todavía arrogantes; pero sus facciones, levemente endurecidas, hacen sospechar, acaso, más edad. Viste ropas sencillas y caseras, aunque de buen gusto. Nada más entrar, se dirige a la mesa, donde deja unas prendas de ropa que traía; va luego a la rincónera y coge la caja de lata. Al volver con ella se detiene, mirando a la cortina del chaflán. Después se acerca a ella poco a poco, sin el menor ruido, y aparta la cortina. La puerta, tras ella, está cerrada. ADELA escucha durante un segundo y luego restituye la cortina a su posición. Va a la mesa, se sienta a su derecha y abre la caja, sacando de ella unas gafas, que se pone, y luego aguja e hilo, que enhebra. Se abstrae por un momento, mirando a la luz del balcón, suspira y se coloca un dedal, tomando una de las prendas para coser. Suena el teléfono. Con un gesto de contrariedad, clava la aguja en la ropa, se levanta y va a tomarlo.)

ADELA.— Dígame... No está en este momento. ¿De parte de quién?... Sí, suele venir casi todos los días... No, don Mauro no vive aquí; pero es lo mismo. ¿Quiere que le deje algún recado?... ¿O algún teléfono, para que él llame?... Bien. Yo se lo diré... Adiós. *(Cuelga. Durante estas palabras JUAN aparece por la derecha*

del foro y la mira. Es un hombre robusto, de aire fundamentalmente honrado, cuyo cabello empieza a grisear. Unos cuarenta y cinco años, o quizá cincuenta bien llevados. Viste una bata ligera y unas zapatillas de verano. ADELA le mira.) Era para Mauro.

JUAN.— *(Entra y enciende un cigarrillo.)* ¿De qué importante asunto se trataba ahora?

ADELA.— *(Que se ha sentado y empieza a coser.)* No me han dicho nada.

JUAN.— *(Pasea.)* En cambio, tú te has apresurado a pedir un teléfono para que Mauro llame si quiere.

ADELA.— *(Deja de trabajar y le mira.)* No me lo han dado.

JUAN.— Suponte que te lo hubieran dado. Tú lo pides... y Mauro llama, claro. Una llamada más, aparte de las que él hace por su cuenta...

ADELA.— Unos céntimos más...

JUAN.— *(Se detiene.)* De sobra sabes que no soy tacaño. Pero, vamos..., me parece que tu señor hermano no puede tener queja de nosotros.

ADELA.— Molesta lo menos que puede.

JUAN.— ¡A todas horas! Y antes te desagradaba a ti tanto como a mí. *(Ella baja la cabeza y cose.)* Bueno, allá tú. El diablo que te entienda. *(Pasea, fumando. Se fija en la grieta.)* Yo creo que esta grieta ha ensanchado.

ADELA.— No sé... A veces parece que sí. Otras parece igual que siempre.

JUAN.— (*La toca.*) Puede que se deba a los cambios de tiempo. (*Sigue la grieta con los ojos y mira la cornisa.*) ¿Ha caído algún pedacito más de la cornisa?

ADELA.— No. (*Le mira. Empieza a sonreír.*)

JUAN.— Si saco la plaza, llamaremos a los albañiles y a los pintores. (*La mira.*) ¿Se puede saber de qué te sonríes?

ADELA.— Estás nervioso...

JUAN.— (*Grave.*) Sí. Claro que lo estoy. (*Va a su lado y se sienta cansadamente tras la mesa.*) ¿Y Juanito? (*Hojea el periódico.*)

ADELA.— En su cuarto.

JUAN.— ¿No sale hoy?

ADELA.— Supongo que sí. Más tarde. (*Una pausa.*)

JUAN.— Tienes que comprenderlo, Adela. Necesito toda la calma y todo el silencio posibles para poder estudiar con provecho. Me harías un gran favor si, por lo menos en estos días..., logras que Mauro nos visitase menos. (*Ella se quita las gafas y le mira.*) Has quedado en ayudarme... Podría decirle que no volviese, pero prefiero rogártelo a ti. (*ADELA vuelve despacio la cabeza hacia el chaflán. JUAN se levanta, fastiado.*) ¡No mires tanto al chaflán! ¡Qué manía! (*Va al balcón.*)

ADELA.— (*Dulce.*) Claro que te ayudaré, en eso y en todo... Pero me apena verte así. Me pregunto si había verdadera necesidad de que hicieras a estas alturas semejante esfuerzo.

JUAN.— (*Se vuelve.*) ¡Cómo! Tienes que conformarte con una asistenta cada dos días, con un traje al año, con el cine del barrio, con veranear en las terrazas de los cafés. ¡Y preguntas si hay verdadera necesidad!

ADELA.— Pero, en realidad, nada esencial nos falta.

JUAN.— (*Seco, sin mirarla, después de un momento.*) Calla, por favor. (*ADELA se cala de nuevo las gafas y cose.*)

ADELA.— ¿Cuándo sabrás el resultado del primer ejercicio?

JUAN.— ¡Ah!, no sé. (*Pasea.*) El Tribunal se toma todo el tiempo que quiere para calificar. Pero Garcés está al tanto; él va todos los días a la Facultad. Si hay novedades, me avisará. (*Timbre lejano.*)

ADELA.— (*Suspira y clava de nuevo la aguja.*) Será Mauro. (*Se quita las gafas y se levanta.*)

JUAN.— Me vuelvo al despacho. (*Va hacia el foro, con ella a su lado.*) Hazme café, ¿quieres? Estoy cansado de estudiar.

ADELA.— Ahora te lo preparo. (*Están en el pasillo del foro. Nuevo timbrado.*)

JUAN.— (*Seco, por MAURO.*) Y, además, con prisas. (*Sale por la derecha y ella por la izquierda. Una pausa. ADELA vuelve a entrar, seguida de MAURO. Tiene éste unos cincuenta años y su presencia ofrece, si vale la expresión, una vulgar carencia de vulgaridad. Sus pantalones grises, descaradamente faltos de plancha y con rodilleras; sus viejos y deslucidos zapatos; la chaqueta deformada; la corbata vieja y la camisa de color, rozada y dudosamente limpia; todo parece delatar desaseo y pobreza. Ello contrasta, sin embargo, con el amaneramiento sutil de su cabeza. El cabello,*

gris, que le clarea por encima, cae sobre la nuca, en una masa de ensortijadas greñas: el conato de melena, con pretensión de elegancia, del hombre que no frecuenta la peluquería. El encanecido bigote, mal recortado, también se riza y apunta dos leves principios de guía, que fingen cierto personal atildamiento. Trae bajo el brazo una cartera de cuero, grasienta y usada. Su enfática voz se oye ya antes de que aparezca, y, nada más entrar, se dirige a la poltrona, donde se deja caer con un suspiro de satisfacción.)

MAURO.— ¡Ay, hija mía! Esta casa es como un remanso. Porque no paro, Adelita, no paro. ¡No se puede ser hombre importante! *(Ríe con una sonrisa hueca, en él habitual y nada convincente.)* Espero no molestarte...

ADELA.— *(Va a recoger sus avíos de costura.)* Ya sabes que no.

MAURO.— ¡Uf! Estoy deshecho. *(Bosteza con ganas y se tapa la boca.)* ¿Hubo alguna llamada para mí?

ADELA.— *(Mientras lleva la caja a la rinconera.)* Hace un momento. Dijo que ya hablaría él contigo. No quiso dar ni nombre ni teléfono. Pareció extrañarse de que no vivieses aquí.

MAURO.— ¡Hola, hola!... Pudiera ser... Pero no, no creo. Está uno tan relacionado, que se confunde... *(Ríe.)* Bueno; ya respirará. *(ADELA, con las prendas que trajo en la mano, se dirige a la derecha.)*

ADELA.— Querrás un poco de café...

MAURO.— ¿Un poco de café con leche? ¡Santa palabra! Pues mira, sí... Porque aún no he merendado y...

ADELA.— (*En la puerta de la derecha.*) Lo pongo a calentar y vuelvo en seguida.

MAURO.— (*Se levanta, palpándose los bolsillos.*) Entre tanto, si no te importa, haré una o dos llamaditas.

ADELA.— Bueno. (*Va a salir.*)

MAURO.— (*Que busca ya una dirección en su libreta.*) Pero ¡qué cabeza la mía! No te he preguntado por tu marido... ¿Está?

ADELA.— Sí. En su despacho.

MAURO.— (*Ríe.*) Estudiando como un león, ¿eh? Bueno; ahora hablaremos. No te entretengo.

ADELA.— Ahora vuelvo. (*Sale. MAURO farfulla algo, mientras pasa el dedo por la libreta y encuentra lo que busca. Va al teléfono; pero, antes de descolgar, tuerce el gesto y sale al pasillo del foro para escuchar. Tranquilizado, vuelve al teléfono y marca un número. Espera.*)

MAURO.— ¿Don Federico Anaya?... De don Mauro García. Sí, por favor. (*Espera.*) Sí, diga... ¡Caramba, cuánto lo siento!... ¿Seguro que no está, señorita?... Es que él me indicó... Sí, sí, es que él me indicó que le llamase a esta hora... Pues es raro, porque era cosa importante... No, claro. Cuando usted dice que no está... Pues muchísimas gracias y mil perdones. Adiós. (*Cuelga y se queda pensativo, con la mano en el teléfono. Vuelve a descolgar y marca otro número. Espera.*) ¿El señor Durán, por favor?... De parte de Mauro... Sí. (*Espera.*) ¡Ah! ¿Es usted, Josefina?... ¡Muchísimo gusto en saludarla!... ¡Eso mismo! ¡Deseando hablar con ese hombre para un

asuntito que..., que nos interesa mucho a los dos! (Ríe.) Ya le habrá impuesto su señor esposo. Podría ser algo excepcional, porque... ¿Eh? ¡Ah!, que tampoco está. (Ríe.) Discúlpeme. ¡Qué cabeza! Quiero decir que no, que no está... Pues yo también lo siento mucho, y por él, por él... No importa, volveré a llamar esta noche... ¡O mañana, a la hora del almuerzo, sí, señora!... (Ríe.) ¡Pues encantado de saludarla, y un saludo también muy cariñoso para ese gran hombre!... A sus pies, señora... Adiós. (Cuelga y da unos pasitos indecisos, resoplando. Se detiene, escucha hacia el foro y se precipita al teléfono, mientras busca en su libreta otro número. Marca y espera.) ¿Señor Malvido?... (Solemne.) Del subsecretario... Sí. (Espera.) ¿Qué tal, Malvido? Encantado de saludarle... (Ríe.) ¡No! Yo no soy el subsecretario; pero me han dicho de su parte que le diga a usted... Claro, sí, soy Mauro García... No; es que me han dicho en el Ministerio... Sí. Es que me han dicho... ¡Pero no se ponga así, Malvido!... Le ruego que me atienda, es importante... Hombre, claro, para mí; pero también para usted, porque... ¡Malvido! ¡Yo no puedo tolerarle...! (Le han colgado. Mira al teléfono y cuelga. ADELA vuelve. Él reacciona en rápida transición y le sonrío.) ¿Y el chico?

ADELA.— En su cuarto. ¿Te apetece ahora una copa?

MAURO.— (Va a sentarse a la poltrona y saca papeles de su cartera, que revisa y anota con un bolígrafo barato.) Siempre sostuve que, el licor, antes y no después del café. (Ríe.) Bueno, y después también. Pero lo mejor de todo, antes. (Entre tanto. ADELA saca del estante inferior de la rinconera una copa y una licorera, que trae a la mesa.)

ADELA.— Calla. (*Mira hacia el chaflán.*) ¿Se oye la radio?

MAURO.— No.

ADELA.— Me parecía... (*Sonríe.*) A veces la pone muy bajito.
(*Le lleva la copa.*)

MAURO.— Gracias. (*Bebe un sorbo y lo saborea.*) ¿Cómo va Juan con la oposición?

ADELA.— Intranquilo. Aún no sabe si ha aprobado el primer ejercicio. (*Se acerca al chaflán.*) Puede que le hayan eliminado. (*Levanta un poco la cortina. La puerta está cerrada.*)

MAURO.— (*La mira y señala hacia el chaflán.*) ¿Ocurre algo?

ADELA.— (*Se vuelve y va hacia él con aire confidencial.*)
A veces abre muy quedito y se queda escuchando tras la cortina.

MAURO.— ¿Por qué no la descorres?

ADELA.— Lo he intentado; pero entonces se pone inaguantable. Te abruma con sus miradas y sus actitudes... Hay que dejar que viva a su gusto.

MAURO.— (*Apura su copa.*) Es un coñac excelente.

ADELA.— No lo creas. Comprado a granel.

MAURO.— (*Sonríe.*) ¿Qué importa eso? Cuando una cosa nos parece excelente, es que es excelente.

ADELA.— (*Suspira.*) Sí... (*Se sienta a la mesa.*) Eso lo decía nuestro padre.

MAURO.— ¿Te acuerdas? (*Mira los retratos del foro.*) Pero, ¿cómo no te vas a acordar? Aquélla fue una hermosa época..., para ti sobre todo.

ADELA.— (*Irónica.*) ¿Tú crees?

MAURO.— Pues claro. Eras entonces pequeñina: diez años.
¡La edad mejor!

ADELA.— Ninguna edad es «la mejor».

MAURO.— Vamos, no te quejes. Yo me largué cuando se murió mamá; pero tú te quedaste de princesita de la casa. Y Anita fue para ti como una segunda madre hasta el día mismo de tu boda.

ADELA.— ¿Por qué te fuiste?

MAURO.— Nuestro padre se llevó un disgusto tremendo, ¿te acuerdas? Pero yo estaba hecho para volar...

ADELA.— (*Melancólica.*) Volar...

MAURO.— (*Se levanta.*) Y he volado lo mío, ¿eh? ¡Y aún me quedan alas! (*Ríe. Bosteza mientras habla.*) ¡Qué bien sienta este coñac! Me serviré otra copita, con tu permiso. (*Se la escancia.*)

ADELA.— (*Mira al chaflán, y luego, sin mirar a su hermano, bajando la voz.*) ¿Hace mucho que no ves a... Ferrer Díaz?

MAURO.— (*Mirándola fijo, pero con tono anodino.*) Anoche. Va a menudo al café. (*Bebe un sorbo, y va a sentarse al sofá con su copa.*) Por cierto que estaba contento el bueno de Carlitos Ferrer. Acababan de editarle en la Argentina su último libro. Todos dicen que es una cosa grande... (*Bebe.*)

ADELA.— ¿Cómo se titula? (*Se levanta y va a sentarse en el brazo del sofá.*)

MAURO.— Algo así como... «Teoría de las Instituciones», o cosa parecida. (ADELA *se queda abstraída*. MAURO *la mira fijamente*.) Se me está ocurriendo, Adela..., una cosa.

ADELA.— ¿Qué?

MAURO.— ¿Qué te parecería si yo..., en tu nombre, le dijera a Ferrer que recomendase a tu marido?

ADELA.— (*Se levanta*.) ¡De ninguna manera! (*Pasea, agitada*.)

MAURO.— No te alteres; piénsalo.

ADELA.— Juan no quiere ni oír hablar de recomendaciones. Además, los miembros del Tribunal le conocen... Casi todos son antiguos compañeros suyos. Unos le estiman, otros no. Él ha dicho que hagan lo que les parezca, que él no les dice nada.

MAURO.— Pues en estos tiempos...

ADELA.— Pero él pertenece a otros, y en eso le aplaudo. Se ha propuesto conseguir la cátedra con absoluta limpieza...⁴ Le va el orgullo de su vida entera en este último esfuerzo.

MAURO.— ¿Último?

ADELA.— Sí. Los dos sabemos que es el último. (*Se apoya en la mesa, alterada*.)

MAURO.— (*Suave*.) La oposición será reñida...

⁴ Como veremos en *El tragaluz*, al personaje Eugenio Beltrán, un autor reconocido, también se le respeta por su capacidad de alcanzar el éxito limpiamente.

ADELA.— Ya le aconsejé yo que no la hiciese. Pensar que pueda ganar una cátedra de esa importancia, y para la Facultad de aquí, es un puro disparate. (*Se encoge de hombros con desprecio.*) Está enloquecido. Allá él.

MAURO.— Pero, ya que está en ello..., querrás que la gane, ¿no?

ADELA.— (*Baja la cabeza.*) Sí, claro. (*Se enardece y va hacia él.*) Pero no de ese modo. ¡Y menos con una recomendación de Carlos!

MAURO.— ¿Porque fuisteis novios?

ADELA.— (*Mirando al chaflán.*) ¡Baja la voz!

MAURO.— (*En voz baja.*) Ferrer es ahora un prestigio. (*Se levanta y va a su lado.*) Y, aunque no tenga vinculaciones oficiales ni cátedra, yo creo que el Tribunal tendría muy en cuenta una indicación suya. Yo podría decírselo..., incluso como cosa mía, sin nombrarte. Claro que él supondría de dónde venía el tiro, pero...

ADELA.— (*Le vuelve la espalda.*) ¡Sería humillante!

MAURO.— A estas alturas... ese orgullo resulta envejecido, Adela. (*Se sienta en la poltrona y bosteza.*)

ADELA.— (*Se vuelve.*) No es sólo eso. Si Juan se enterase, nunca me lo perdonaría. (*Pasea.*) Nunca, porque... nunca sabría si la habría ganado por su propio mérito... si no hubiese sido recomendado. (*Pensativa, se detiene.*) Y si, a pesar de todo, la perdiese..., ya no podría dejar de pensar que no valía para nada, puesto que ni con esa recomendación... (*Se calla, cavilosa.*)

MAURO.— ¿Tú crees que la ganará sin recomendación?

ADELA.— No. No lo creo. Pero, ¿quién sabe? (*Se sobresalta.*) ¡Calla! (*Se acerca al chaflán y espía.*) ¡Ah, qué nervios! Tú tienes la culpa, por venirme con esas ideas... Voy por el café. (*Le mira y advierte que se está durmiendo. Entonces va a la derecha, para salir.*)

MAURO.— (*Adormilado.*) Pues ayer... Ferrer me preguntó... (*ADELA se detiene. Un silencio.*)

ADELA.— ¿Qué?

MAURO.— (*Sin abrir los ojos.*) Ferrer... ¿Qué tal va? Y yo... (*Silencio.*)

ADELA.— ¿Por quién te preguntó? (*MAURO no contesta: está dormido. Ella suspira y sale. Una pausa. Suena el teléfono. MAURO se solivia, pero no despierta. JUAN aparece por el foro, con las gafas caladas y un libro en la mano, y mira a MAURO con disgusto.*)

JUAN.— (*Fuerte.*) ¡Mauro! (*MAURO se despierta sobresaltado y le mira con cara de estúpido. JUAN, con desprecio, por el teléfono.*) Será para ti. (*MAURO comprende y se precipita al teléfono. JUAN deja el libro sobre la mesa, se quita las gafas y coge la licorera para restituirla a su sitio, con una fría mirada a su cuñado.*)

MAURO.— (*Descuelga.*) Diga... Dígame... (*Cuelga y se vuelve, con servil sonrisa.*) Han colgado.

JUAN.— Qué pena, ¿verdad?

MAURO.— Esto me recuerda otra cosita que tengo pendiente... Voy a apuntarla, antes de que se me olvide. (*Se sienta en la poltrona y saca de su cartera papeles, donde anota algo.*)

JUAN.— (*Con intención.*) Buenas tardes. (*Se sienta a la mesa y se cala las gafas.*)

MAURO.— (*En Babia.*) ¿Eh? (*Ríe.*) Claro. ¡Qué cabeza! Es que todavía estoy medio dormido. ¡Que no paro, chico! Discúlpame... Buenas tardes. (*JUAN se pone a leer.*) Esto del sueño es algo terrible, ¿sabes? (*Anota en sus papeles.*) A veces hay que alternar hasta las tantas... y apenas se duerme.

JUAN.— ¿Y cuándo, cuándo van a dar algún fruto esos asuntos tuyos?

MAURO.— Hombre, alguno van dando, puesto que uno vive. Pero no creas: pronto voy a organizar un tinglado definitivo. Ya verás.

JUAN.— (*Seco.*) ¿El qué?

MAURO.— ¡Ah!, pues en lo mío.

JUAN.— ¿Y qué es lo tuyo?

MAURO.— Hombre, parece mentira que me lo preguntes. Recuerda que ya a los veinte años fui director del cuadro artístico de Industrias Reunidas. (*Confidencial.*) Ahora se trata de algo semejante, pero más serio. Yo no quería: tengo muchas otras cosas que hacer. Pero se empeñaron, ¿sabes? Les habían hablado de mi competencia...

JUAN.— ¿Artística?

MAURO.— (*Ríe.*) Claro, hombre. Es que va a ser una verdadera empresa de arte. Pero bien financiada. Y yo seré el director.

JUAN.— (*Incrédulo.*) Pues que tengas suerte.

MAURO.— Gracias. (*Saca un papel de entre otros.*) ¡Qué casualidad! Esto te conviene a ti, seguro.

JUAN.— ¿El qué?

MAURO.— Una suscripción a la Enciclopedia Cortina. Es la más práctica, ya lo sabes. Doce tomos, pagaderos en mensualidades de...

JUAN.— (*Seco.*) No.

MAURO.— Te advierto que la casa puede ofrecerte condiciones especiales. Para profesores se suprime la entrega inicial y...

JUAN.— ¡Que no, Mauro!

MAURO.— (*Ríe.*) Bueno, ya lo pensarás. (*Breve pausa.*) Supongo que habrás aprobado el primer ejercicio. Te felicito por adelantado.

JUAN.— Aún no sé nada.

MAURO.— Hombre, el primer ejercicio creo que siempre es fácil.

JUAN.— No esta vez. El Tribunal ha decidido alterar el orden y ha puesto uno de los más difíciles. Se ve que quieren eliminar gente pronto... Hay que agradecerse, en medio de todo. Así se sale antes de dudas. Puede que me hayan eliminado a estas horas.

MAURO.— ¡Qué modestia! Aprobarás ése y los que vengan.

JUAN.— ¿Tú crees?

MAURO.— Apuesto por ti, amiguito. Esa cabeza vale mucho.

JUAN.— Gracias. (*Breve pausa.*)

MAURO.— *(Ríe.)* ¡Caramba! Aquí sale otra cosa que... ¿No te he hablado nunca del Seguro de Capitalización de...? *(Esgrime un papel.)*

JUAN.— *(Deja el libro con un gran golpe sobre la mesa y se levanta.)* ¡Mauro, por favor!

MAURO.— *(Ríe.)* Bueno, bueno... Otro día te lo explicaré... *(Vuelve a sus papeles. JUAN va al balcón, se quita las gafas y mira para fuera, nervioso. ADELA entra por la derecha, con el servicio del café en una bandeja.)*

ADELA.— *(A JUAN.)* ¡Ah!, ¿estás aquí? *(Se vuelve su marido. ADELA pone la bandeja sobre la mesa. MAURO se precipita a guardar sus papeles y se frota las manos con lamentable prisa, que intenta ser distinguida. ADELA sirve una taza.)* Para ti, solo y sin azúcar. Toma. *(Se la tiende a JUAN.)*

JUAN.— Gracias. *(Se sienta y bebe.)*

ADELA.— *(A MAURO, que se ha levantado y ha ido a su lado.)* Con leche, ¿verdad?

MAURO.— Pues... *(Mira a JUAN, que le mira.)* Pues sí, por favor. ¡Espera! Echaremos antes el azúcar... Es lo suyo. *(Y echa él mismo una, dos, tres... y cuatro, sí: cuatro cucharadas. ADELA echa la leche y le da la taza.)* Gracias. ¿Tú no tomas?

ADELA.— No me sienta bien. *(MAURO va a la poltrona, al tiempo que entra por la derecha JUANITO: un muchacho de unos diecinueve a veinte años, de fisonomía despejada y simpática, que viste con juvenil desaliño.)*

JUANITO.— *(Sonriente, desde la puerta.)* ¿No hay para mí?

ADELA.— (*Le sonríe.*) Ya tardabas.  Lo quieres con un poco de leche?

JUANITO.— (*Cruza.*) Solo. Hola, t o.

MAURO.— Hola, Juanito. (JUANITO *toma la taza de manos de su madre.*) Menos mal que se te ve el pelo... Hay días en que vengo y ni siquiera te dignas salir para darle un beso a tu t o... (JUANITO *bebe su taza de un golpe.*)  Qu  haces, insensato?

JUANITO.—  Eh?

MAURO.— No se bebe así... Hay que saborearlo...

JUANITO.—  Qu  más da? Es un estimulante.

JUAN.— (*A MAURO.*) Estilo de chico moderno. No creas que no les gustan los buenos sabores... Pero todo lo quieren hacer aprisa. Es la edad.

JUANITO.— (*Seco.*) Eso sólo significa que estamos vivos.

JUAN.— (*Seco.*)  Qu  quieres decir?

ADELA.— No vais a empezar,  verdad? (JUANITO *toma el periódico y se retira hacia el foro, molesto, hoje ndolo.*)

JUAN.— (*Ir nico.*) Si no hay nada que empezar, mujer... Esto empezó ya hace mucho tiempo. Lo que me pregunto es por qué empezó.

ADELA.— Bueno; déjalo estar ahora. (*Va a recoger la taza de MAURO.*)  Quieres más?

MAURO.— No, gracias. (*Cabecea, adormilado.*)

ADELA.— (*Vuelve a la mesa. A JUAN.*)  Quieres t  otro poco?

JUAN.— No, gracias. Me iré a trabajar.

ADELA.— ¿Quieres otra taza, hijo?

JUANITO.— No, mamá.

ADELA.— (*Arregla las tazas sobre la bandeja.*) Entonces, me lo llevo.

JUAN.— (*Se levanta.*) Y yo me vuelvo al despacho.

JUANITO.— (*Se interpone en su camino.*) Espera, padre... Precisamente, quería decirte... Mejor dicho: quería pedirte un favor. (ADELA, *que levantaba ya la bandeja, la vuelve a dejar.*)

JUAN.— Tú dirás.

JUANITO.— Y a ti también, mamá... Tienes que ayudarme a convencerle.

ADELA.— ¿De qué se trata?

JUANITO.— Pues... Pero siéntate, padre.

JUAN.— (*Lo hace.*) ¿Tan largo va a ser?

JUANITO.— No, pero... (*Intrigada, ADELA se sienta también.*) Verás. Me han ofrecido una beca de tres meses.

ADELA.— (*Inquieta.*) ¿Una beca?

JUANITO.— (*Se sienta entre los dos y deja el periódico.*) Para el extranjero. Si la pido, me la conceden; me lo han prometido. Es poca cosa, pero yo ya me las arreglaría. Iría a los Albergues de la Juventud, que son muy baratos.

JUAN.— ¿Qué es eso?

JUANITO.— *(Con un movimiento de impaciencia.)* Todos los países los tienen; es un convenio internacional. Aquí también los hay.

ADELA.— Pero, hijo...

JUANITO.— No creas que iba a perder el tiempo. Me llevaría mis apuntes, estudiaría. Y, además..., respiraría un poco. Lo necesito. *(Baja la cabeza.)* Todos mis compañeros salen cada verano. Me estoy quedando atrás... Y, sobre todo..., que aquí me ahogo. *(Una pausa. Los dos esposos se miran, perplejos.)* ¿Me dejas ir, padre?

JUAN.— *(Indeciso, agitado.)* Eres un egoísta.

ADELA.— ¡Juan!

JUAN.— ¡Tú tampoco quieres que se vaya! *(Se levanta y pasea.)*

ADELA.— No, pero...

JUAN.— Es un egoísta. No le importa nada el esfuerzo que estoy haciendo... para todos; no le interesa saber si voy bien o mal; no quiere comprender que vivo unos días muy difíciles; sólo le interesan sus cosas, como siempre.

JUANITO.— Creo que te lo tomas muy a pecho por sólo tres meses.

JUAN.— ¿Estás seguro de que sólo serían tres meses? De más de un compañero tuyo sé que no ha vuelto. ¡Atrévete a afirmar que no lo has pensado!

ADELA.— *(Asustada.)* ¿Has pensado eso, hijo?

JUAN.— Claro que sí. ¿Estás ciega? Se lo noto desde hace tiempo. Se encuentra desarraigado, como muchos

otros. Y quiere ser más que nadie. Más que su padre, más que...

JUANITO.— ¿Es ahí donde te duele?

JUAN.— (*Se acerca, amenazante.*) ¡Calla, descastado! Quieres ser más que nadie, y más que tus amigos también. Fulano no ha vuelto; Mengano escribe que está en Jauja. Y tú te pones a soñar con Jauja y con no volver, por no ser menos que ellos. No tienes tú la culpa. Te han mimado demasiado. Pero ya eres un hombrecito y tendrás que aprender que todo el monte no es orégano y que no te puedes permitir todos los caprichos que quieras.

JUANITO.— No creo que hasta ahora haya podido permitirme muchos.

JUAN.— (*Colérico.*) ¿Es un reproche? Te estoy dando más de lo que puedo darte: hasta mi misma carrera. (JUANITO *va a contestar.*)

ADELA.— ¡Cállate, hijo! (MAURO *no pierde palabra; pero, con sus papeles, procura hacerse el desentendido.*)

JUAN.— (*Pasea.*) No te irás. Así aprenderás, por lo menos, a no plantear las cosas cuando no son oportunas. (JUANITO *se levanta y va, rápido, hacia la derecha.*) ¡Espera! (JUANITO *se detiene. Con tono más dulce.*) Espera... (*Se acerca a él, entristecido, y le pone una mano en el hombro.*) No sé por qué tiene que ser siempre entre tú y yo el disgusto. Tampoco tu madre quiere... Tienes que comprenderlo. A todos nos costaría mucho dejar de verte... Y a mí mismo, en estos días... (*Se interrumpe y suspira.*) En fin... (*Deja caer su brazo, cansado de una explicación que juzga inútil, y se va lentamente por el foro, después de*

recoger su libro y sus gafas. ADELA se levanta y va a abrazar a JUANITO.)

ADELA.— Tienes que disculparle, hijo. Está nervioso.

JUANITO.— ¿Por qué no me has ayudado?

ADELA.— Él mismo te lo ha dicho. No era oportuno, ahora que está pendiente de su oposición.

JUANITO.— La perderá. Es un adocenado.

ADELA.— ¡Calla!

JUANITO.— Un triste encargado de curso. Y ahora, casi en la vejez, se empeña en ganar una cátedra. ¡Es ridículo!

ADELA.— No hables así.

JUANITO.— Tienes que ayudarme, mamá. No quiero retrasarme definitivamente, como le ocurrió a él. Todos los días piden el pasaporte cientos de muchachos. Necesitan respirar, como yo. Volar...

ADELA.— (*Melancólica.*) Volar...

MAURO.— Yo también lo quise a su edad... Es lógico...

JUANITO.— Tú no puedes querer que me ahogue aquí. Tú no puedes quererme mal. Tú no eres una madre chapada a la antigua, tú eres comprensiva...

ADELA.— Ya veremos, hijo. Más adelante...

JUANITO.— Pero ¡más adelante perdería la beca! (*JUAN vuelve a aparecer en el foro. Callan, inmutados.*)

JUAN,— (*Avanza, colérico.*) Ni tú, ni tú, tendríais el menor interés...

ADELA.— Pero, Juan, ¿otra vez?

JUAN.— ¡No sabes lo que voy a decir! Quería decir que ni tú ni Juanito tendríais el menor interés en hacer desaparecer el encendedor de plata de mi mesa⁵. ¿O lo habéis cogido vosotros?

ADELA.— ¿Nosotros?

JUAN.— ¡Claro que no! (A MAURO.) ¡Luego has tenido que ser tú!

MAURO.— (Se levanta convertido en la Inocencia ultrajada.) ¿Yo? ¡Si no he entrado en tu despacho!

JUAN.— ¡Hoy, no! Pero ayer sí. ¡Entras cuando se te antoja! Como la casa es tuya, ¿no? (Le coge por las solapas.) Pero ¡entérate de una vez de que las cosas de la casa no son tuyas!

MAURO.— ¡Vamos, es inaudito! ¡Voy a ser yo quien se lleva todo lo que se pierde!

JUAN.— ¡Porque lo eres! ¡Porque eres un...!

ADELA.— ¡Juan! (Suena el teléfono. JUAN suelta a MAURO y va a tomarlo de mala gana. MAURO se alisa el traje. Murmura.)

MAURO.— ¡No se puede tolerar cómo está este hombre!...

JUAN.— (Al teléfono.) ¡Diga! (Le cambia la expresión.) ¡Hola, Garcés! Dime... ¡Magnífico!... Gracias, hombre. Muchas gracias... ¿Cuántos?... ¡Caramba! Eso sí que es un triunfo, ¿eh? (ADELA ha comprendido y

⁵ El encendedor perdido (robado) anticipa otro robo que ocurrirá posteriormente: desaparecerán unos libros académicos que Juan necesita para salir bien de los ejercicios.

se aparta hacia el balcón.) Pues yo también a ti te felicito... ¿Para cuándo el segundo?... ¿Mañana, a las nueve? Bueno, no importa demasiado: es la Memoria y ya la tengo hecha. Sí, dime... No te apures, hay tiempo. Y, si quieres, te llevo yo mañana los apuntes... Claro, hombre; para eso estamos. Competencia, pero leal... De nada, de nada... Pues hasta mañana, y enhorabuena otra vez. Adiós. (*Cuelga sonriente.*) He aprobado el primer ejercicio. Han eliminado a diecinueve. Quedamos cinco. (*Lo ha dicho mirando á su mujer y a su hijo.*)

MAURO.— (*Risueño.*) Un resultado muy halagador... Para eso hay que valer mucho... ¡Mi más sincera enhorabuena! (*Breve pausa. A JUAN, pendiente de los suyos, se le va yendo la sonrisa.*)

ADELA.— (*Reacciona y le sonríe.*) Me alegro mucho.

JUAN.— Gracias. (*Su fisonomía se ensombreció de nuevo. Mira a su hijo, pero éste no sabe mentir.*)

JUANITO.— (*Seco.*) Te felicito. (*Y sale rápido por la derecha. JUAN suspira y va a salir, cansado. MAURO elude su mirada.*)

JUAN.— (*Desde el foro los mira a los dos.*) Recuerda lo que te dije antes, Adela. No quiero llevar la cosa más adelante, pero... (*Señalando a MAURO con la cabeza.*) procura resolvérmela tú. (*Sale. MAURO se sienta en la poltrona. ADELA le mira disgustada.*)

ADELA.— ¿Por qué haces esas cosas, Mauro?

MAURO.— ¡Si no he sido yo, Adela! Ya verás como aparece en cualquier rincón.

ADELA.— No sé cómo decírtelo... Ya ves lo nervioso que está. Me ha rogado que, al menos estos días..., procures no aparecer por aquí.

MAURO.— Yo creo que no es más que un pronto de los suyos... Ya lo conoces.

ADELA.— (*Estalla.*) ¡Por favor, no me lo hagas más difícil!

MAURO.— Bien... Se hará como tú dices. (ADELA *suspira y va a sentarse junto a la mesa.* MAURO *mira su reloj.*) Me tengo que ir... Me esperan en el café. Puede que me encuentre a Ferrer Díaz; a veces va por la tarde... (*La mira y se acerca.*) Aunque Juan me haya insultado, no se lo tengo en cuenta. Creo que hay que ayudarle. ¿Quieres que le hable a Ferrer?

ADELA.— (*Débil.*) No. (MAURO *se encoge de hombros y va a volver a la poltrona.*) Oye..., ¿por quién te preguntó ayer Ferrer?

MAURO.— ¿Qué dices?

ADELA.— Hablabas de eso antes, adormilado.

MAURO.— ¡Ah!... (*La considera.*) Me preguntó por ti. (*Ella le mira con vivísimo interés.*) Que cómo estabas..., que qué tal te iba...

ADELA.— Preguntas de cortesía, ¿no?

MAURO.— Yo no diría eso. Parecía realmente interesado. Y cuando le expliqué que no eras feliz....

ADELA.— ¿Eso le dijiste?

MAURO.— Perdona si hice mal. Se me escapó. Y él... parecía apesadumbrado.

ADELA.— ¿Y qué más?

MAURO.— No pasamos de ahí. (*Un silencio. Un par de gorjeos aislados llegan desde la lejanía por el balcón*⁶.)

ADELA.— Escucha. Ya empiezan a cantar los pájaros. (*Se levanta y va hacia el balcón.*)

MAURO.— Sí... (*Se acerca.*) Oye, Adela: Aunque sólo sea mañana, me va a ser imprescindible venir. Espero una llamada muy importante, y tú no puedes contestarla por mí... Yo procuraré venir sin que lo note Juan. ¿Me dejas? (*Algún otro gorjeo, al que se suman poco después otros. Lentamente van menudeando hasta el final de la acción.*) Anda, sé buena... Di que sí.

ADELA.— (*Débil.*) Mañana solamente.

MAURO.— Descuida. (*Vuelve, rápido, a la poltrona para recoger su carpeta.*)

ADELA.— (*Que ha vuelto, despacio, su cabeza hacia el chaflán.*) Calla... ¿No oyes algo? (*Da unos pasos.*)

MAURO.— No. (*La cortina del chaflán se mueve y entra ANITA con los ojos bajos. ADELA suspira, nerviosa, y retrocede un paso. ANITA es una mujer cercana a los cincuenta años, envejecida y de expresión ausente. Pobrememente vestida con un trajecillo casero, quizá*

⁶ Es aquí donde, por primera vez, se hace referencia a los pájaros del balcón. Destacan como un símbolo de paz y esperanza para Adela y, a medida que avanza la obra, se aludirá a ellos en más ocasiones para al final adquirir, con sus gorjeos a la caída de la tarde, un significado distinto. Constituyen un tema secundario importante, puesto que esta obra fue titulada inicialmente *Los pájaros* o *Los pájaros de la tarde*. Véase: Luis Iglesias Feijoo, *La trayectoria dramática de Antonio Buero Vallejo*, op. cit., p. 193.

no muy aseada, con mal peinadas greñas que rodean su cara marchita. Por un momento permanece junto al chaflán sin mirar a nadie, y luego avanza con los ojos bajos hacia el primer término. MAURO se acerca al verla y, a su paso, la toma de una muñeca.) ¿Cómo estás, Anita? (Ella se detiene, sin responder. ADELA no la pierde de vista.) ¿No me dices nada? (Ha abandonado su muñeca y le pasa suavemente la mano por los cabellos. ANITA lo soporta con un leve encogimiento evasivo, tras el que, de pronto, rompe a andar de nuevo y sale por la derecha.)

ADELA.— *(Avanza, con los ojos fijos, tras ella.)* Va al cuarto de mi hijo.

MAURO.— Veo que se obstina en no soltar palabra...

ADELA.— Juanito es el único que la humaniza algo... A veces logra hacerla reír con sus salidas, y hasta decir alguna que otra frase. Le adora...

MAURO.— *(Va a la mesa, mirando a su hermana con curiosidad.)* ¿La ha visto algún otro médico?

ADELA.— *(Se vuelve.)* Prefiero que no la atormenten más. Además, sería inútil..., porque lo suyo no es locura.

MAURO.— Desde luego, puede que se trate sólo de un carácter débil, propicio a rarezas... Alguno de ellos lo dijo así, ¿no? *(Se sienta.)*

ADELA.— Sí.

MAURO.— Pero, a veces, te hace dudar.

ADELA.— A mí, no.

MAURO.— ¿En qué te basas?

ADELA.— Sé lo que me digo. Lleva ocho años a mi lado: desde la muerte de nuestro padre. La conozco bien. (*Cruza.*)

MAURO.— Pero ya entonces se encontraba rara... Yo diría que incluso desde antes.

ADELA.— Cuando se quedó sola con él no se distraía mucho... Luego él murió y aumentó su tristeza. Era lógico. (*Se sienta a la mesa.*)

MAURO.— Algo más que tristeza... Era incapaz de valerse por sí sola. La prueba es que te la tuviste que traer.

ADELA.— Era mi hermana. Menos mal que Juan la tolera bien. (*Suspira.*) Ocho años...

MAURO.— (*Bosteza sin ruido.*) Por lo menos, te has portado bien con los hermanos, y de eso debes estar satisfecha. Otras no lo habrían hecho.

ADELA.— A veces me pregunto el porqué de todo esto.

MAURO.— ¿De qué?

ADELA.— Yo era una muchacha llena de ímpetu, de alegría... Me he convertido en una mujer triste, cansada y temerosa.

MAURO.— ¿Temerosa?

ADELA.— Los años pasan y noto que todo me va aplastando... sin que yo pueda hacer nada, ¡nada!, para evitarlo. Quizá sea una ley general y haya que aprender a resignarse. Pero ¡yo no sé resignarme!... Y me siento estafada, y tengo miedo.

MAURO.— ¿A qué?

ADELA.— A hundirme del todo. (*Baja la cabeza. Un silencio. Gorjeos. Levanta la cabeza y sonrío.*) ¿Los oyes? Parece una tontería, pero me consuelan de muchas cosas... (*Se levanta y va al balcón.*) Me distrae observarlos... Me calma.

MAURO.— ¿Los pájaros? (*Va a la poltrona para recoger su cartera. Lo piensa mejor, bosteza y se sienta.*)

ADELA.— Como el parque está cerca, se llena el cielo de ellos cuando cae la tarde. Cantan, giran... Óyelos. No tardarán en venir muchos más. Entonces pían como locos... (*Un silencio. Los gorjeos de los pájaros, que fueron poco a poco menudeando desde que se oyeron, muy espaciados, los primeros, son ahora frecuentes.* ANITA reaparece por la derecha y mira a su hermana, que sigue vuelta hacia el balcón. MAURO observa a ANITA, que se acerca en silencio a ADELA y mira al cielo tras ella. ADELA nota algo y se vuelve despacio. Levísimo movimiento de aprensión al ver a su hermana, que sigue mirando sin hacerle caso y sonrío un instante al escuchar los gorjeos, que menudean. Después baja la cabeza, se vuelve y da unos pasos hacia el foro. ADELA va tras ella.) Anita... (ANITA se detiene sin mirarla, y ella llega a su lado.) ¿No saludas a Mauro? (Con una mirada furtiva a su hermana, se separa ANITA y va a ojear, trivial, el periódico sobre la mesa.) ¿Has estado con Juanito? (La fisonomía de ANITA se ilumina.) ¡Dinos qué te ha contado!

MAURO.— (*Oficioso.*) ¿Qué te ha dicho, Anita, qué te ha dicho? (ANITA le mira y sonrío abiertamente. Parece que va a reír, a iniciar un relato. Pero la sonrisa desaparece. Vuelve a mirar a su hermana, recoge el

periódico y va hacia el chaflán con expresión impenetrable, desapareciendo tras la cortina. Entonces ADELA va al chaflán para comprobar si cerró la puerta; está cerrada. Por un instante queda junto a ella, turbada. Los gorjeos son ahora muy numerosos. MAURO da una cabezada y se despabila.) ¿Qué decías antes de los pájaros?

ADELA.— *(Reacciona.) Oye cuántos hay ahora. (Avanza.) Me encantaban ya cuando era pequeña. Después de jugar, por las tardes, me sentaba a mirarlos... Me parecía que también yo, cuando fuera mayor, sería como ellos, libre y alegre. (Sonríe.) Qué decepción, ¿verdad? (Mira al balcón.) Pero ellos no han cambiado. Vuelven todas las tardes, alegran la casa y resucitan mi alma de niña. (Va hacia el balcón.) Y entonces me olvido de todo, y me parece como si aún tuviese esperanza... Míralos. No son como nosotros: vuelan. Luchan por sus hijos; a veces, caen bajo la garra de sus enemigos... Pero vuelan. Les sobra siempre vida para despedir al sol en medio de una borrachera de cantos. Celebran su fiesta delirante. Son la alegría del aire. El gozo de la vida sin trabas. ¡Mira cómo giran, y vuelven, y se persiguen! ¡Mira aquellos dos, cómo se buscan! ¡Y allí otros dos!... Juegan a emparejarse... Son felices... (Retrocede un poco para apoyarse en la mesa, sin dejar de mirarlos con ojos extasiados. Hace tiempo que MAURO no la escucha: ha vuelto a rendirle el sueño. El sonoro escándalo de gorjeos invade la habitación durante unos segundos.)*

TELÓN